

LA EUCARISTÍA: JESÚS, EL CORDERO PASCUAL

LECTURA PREPARATORIA



Nuestro estudio de los sacramentos de iniciación culmina en la eucaristía. Aunque en muchos lugares se recibe el sacramento de la confirmación después de la primera comunión, la Iglesia enseña claramente que “La Santa Eucaristía completa la iniciación cristiana. Aquellos que han sido elevados a la dignidad del real sacerdocio por el Bautismo y configurados más profundamente a Cristo mediante La confirmación participa con toda la comunidad en el propio sacrificio del Señor por medio de la Eucaristía” (CIC 1322).

El Catecismo de la Iglesia Católica llama a la Eucaristía “sacramento de los sacramentos” (CIC 1330) y “fuente y cumbre de la vida cristiana” (CIC 1324). Todos los otros sacramentos y cada ministerio de la Iglesia fluyen de la eucaristía y nos dirigen hacia ella. ¡La razón de la centralidad de la eucaristía es que la eucaristía es Cristo mismo!

Jesús instituyó la eucaristía en la Última Cena. En previsión de su muerte en la cruz, Jesús dio a sus apóstoles, a quienes hizo los primeros sacerdotes, su cuerpo y su sangre para comer y beber. Y porque Jesús quería que todo su pueblo de todos los tiempos comiera y bebiera de este alimento celestial, les ordenó que continúen haciendo presente

y real este sacrificio eucarístico. “Haced esto en memoria de mí”, Jesús instruyó a sus apóstoles. Entonces, cada vez que celebramos la misa, lo hacemos por mandato de Cristo y en su nombre. Como encontramos registrado en las Escrituras, “Porque todas las veces que comes este pan y bebes la copa, proclamas la muerte del Señor hasta que él venga” (1 Corintios 11:26).

¿Pero por qué Jesús nos pedirá que hagamos algo tan extraño como comer su cuerpo y beber su sangre? Cuando entiendes el sacrificio de Jesús en la cruz como la culminación de la historia de la salvación, la eucaristía comienza a tener perfecto sentido.

La Eucaristía en la historia de la salvación

San Agustín dijo: “El Nuevo Testamento yace oculto en el Antiguo y el Viejo se revela en el Nuevo”. La eucaristía es un misterio que involucra toda la historia de la salvación. Está prefigurado en el Antiguo Testamento, tiene su origen en la Encarnación, su institución en la Última Cena y su plena revelación e importancia en la muerte y resurrección de Cristo. Ayudados por el Espíritu Santo, estos

eventos comprenden el lecho de roca desde el cual comenzamos a entender la sagrada eucaristía.

La eucaristía tiene raíces profundas y misteriosas en el Antiguo Testamento, transmitidas por eventos, arquetipos y símbolos, todo guiado por la mano de la Divina Providencia. El más significativo de estos es la Pascua. La Pascua era la principal fiesta judía del Antiguo Testamento. Fue instituido para conmemorar la liberación de los judíos de la esclavitud egipcia y el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham de que establecería un pueblo exclusivamente suyo. Por el mismo pacto, esta misma gente eventualmente tomaría posesión de la Tierra Prometida. Al pueblo de Dios se le ordenó recordar este evento de salvación para todas las generaciones y guardar este día de fiesta para siempre.

El cordero de la pascua

Para liberar a su pueblo elegido de la esclavitud, Dios envió una serie de plagas a Egipto. El último de estos fue matar a cada hijo primogénito en toda la tierra. Dios les dijo a los israelitas que sacrificaran un cordero de acuerdo con instrucciones específicas y que aplicaran su sangre en los dinteles de las puertas y dinteles de sus hogares como una señal para que Dios pasara por encima de sus hogares y perdonara a sus primogénitos. “La sangre será una señal para ti en las casas donde estás, y cuando vea la sangre, pasaré por encima de ti” (Éxodo 12:13). Dios también ordenó a los israelitas que comieran el cordero: “Esa misma noche comerán su carne, y la comerán asada con pan sin levadura y hierbas amargas” (Éxodo 12:8-9). Finalmente, Dios también ordenó a los

israelitas que recuerden este gran acto de su salvación al celebrar una fiesta anual conocida como la Pascua: “Este día será un día de conmemoración para ustedes, que sus futuras generaciones celebrarán en peregrinación al SEÑOR; Lo celebraré como un estatuto para siempre” (Éxodo 12:14).

Muchos siglos después, fue precisamente en la cena de la Pascua cuando Jesús instituyó un nuevo y eterno pacto y dio a sus amigos el mejor don de todos: su cuerpo y su sangre.

La Última Cena y la Institución de la Eucaristía

Al final del ministerio público de Jesús, “llegó el día de la Fiesta de Panes sin levadura, el día de sacrificar el cordero de la Pascua” (Lucas 22:7). Jesús reunió a los apóstoles en el cenáculo para la Última Cena y les dijo: “He deseado ansiosamente comer esta Pascua con ustedes antes de padecer” (Lucas 22:15). Cristo profetizó Su Pasión, revelando que Él es el cordero para ser sacrificado por nuestra salvación.

Jesús tomó una copa de vino y, después de dar gracias, dijo: “Tomen esto y compártanlo entre ustedes” (Lucas 22:17). “Entonces tomó el pan, dijo la bendición, la partió y se la dio a ellos, diciendo: ‘Esto es mi cuerpo, que les será dado, hagan esto en memoria de mí’” (Lucas 22:19). Cristo instituyó la eucaristía y ordenó que comamos su carne y bebamos su sangre, señalando su victoria sobre la muerte a través de su resurrección.

Después de que se partió y compartió el pan, de la misma manera tomó la copa de vino y dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que será derramada por vosotros” (Lucas 22:20). Jesús instituyó la eucaristía en la Última Cena como el sacrificio nuevo y eterno.

Inició su nuevo y eterno pacto de sangre con el pueblo de Dios. Como explica el Catecismo: “Al celebrar la última Cena con sus Apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino”.

Por lo tanto, Jesús se convirtió para nosotros en nuestro Cordero Pascual. Este don ganaría para toda la humanidad la promesa de la salvación eterna. El cordero pascual del Antiguo Testamento, cuya sangre salvó al pueblo de Dios, es reemplazado por el Cordero de Dios, Jesús; cuya Sangre es nuestra salvación eterna. Jesús dijo: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día final” (Juan 6:54).

Jesús se ha convertido en el Cordero Pascual para todos los cristianos. Usando la palabra griega pascha para la palabra hebrea para Pascua, San Pablo escribe: “Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido sacrificado” (1 Corintios 5:7). La Iglesia transformó la Pascua judía de una conmemoración de la liberación de Dios de los israelitas de la esclavitud a una celebración de la muerte y Resurrección de Jesucristo, y la liberación de la humanidad de la esclavitud del pecado y la muerte. La promesa de redención de Dios está disponible no solo para un pueblo, sino para todo el mundo. En él hay ahora un sacrificio completo que conmemora y sostiene nuestra propia liberación del cautiverio pecaminoso. Iniciado en la víspera de la desolación oscura del Calvario, la eucaristía instituida a través de la Última Cena es un misterio de luz gozosa.

LA EUCARISTÍA Y LA SANTA MISA

LECTURA PREPARATORIA



¿Te has preguntado alguna vez: qué hacen las personas que han muerto e ido al cielo durante todo el día? La respuesta es simple: adoran a Dios, cantan himnos interminables de alabanza. Para alguien que no está familiarizado con el servicio de adoración católica, llamado santa misa, puede sonar extraño pensar que el cielo es una celebración perpetua de adoración. Pero alguien que entiende lo que es la misa tendría que preguntar: “¿Por qué hacer algo más?” La misa es verdadera y literalmente el cielo en la tierra, el don maravilloso que Jesús nos ha dado para que podamos estar con él en la carne.

Desde que Cristo ordenó a los apóstoles (los primeros sacerdotes) celebrar la misa por todos los cristianos en la Última Cena, los sacerdotes ordenados invocaron al Espíritu Santo y pronunciaron las palabras de consagración, transformando el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

La misa se celebra en dos partes principales: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía. Puede encontrar más información sobre estas dos partes de la misa en los libros de actividades de sus hijos.

Transustanciación

El cambio del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesús se llama transustanciación. Las sustancias enteras del pan y el vino cambian, aunque parecen las mismas que antes del cambio. “Por la consagración se realiza la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Bajo las especies consagradas del pan y del vino, Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad” (CIC 1413).

La eucaristía es el cuerpo y la sangre de Jesucristo. El Catecismo de Baltimore explica una de las formas en que sabemos esto: “Cristo no podría haber usado palabras más claras y explícitas que ‘Este es mi cuerpo’. Él no dijo, ‘Esto es un signo de Mi cuerpo’ o ‘Esto representa Mi cuerpo’, sino ‘Este es Mi cuerpo’. Los católicos toman a Cristo en su palabra porque Él es el Dios omnipotente. En su palabra, ellos saben que la Sagrada Eucaristía es el cuerpo y la sangre de Cristo”.

¿Cuáles son los frutos de la Sagrada Comunión?

Cuando recibimos la sagrada comunión, estamos unidos con Jesucristo. Nuestras almas se fortalecen: necesitamos la eucaristía de la misma manera en que nuestro cuerpo necesita alimento. La eucaristía nos ayuda a evitar el pecado y fortalece nuestra caridad. La eucaristía nos separa del pecado: perdona el pecado venial y nos ayuda a evitar el pecado mortal en el futuro. La eucaristía también nos ayuda a ver el rostro de Jesús en los pobres. El Catecismo explica: “la participación en el Santo Sacrificio nos identifica con su Corazón, sostiene nuestras fuerzas a lo largo del peregrinar de esta vida, nos hace desear la Vida eterna y nos une ya desde ahora a la Iglesia del cielo, a la Santa Virgen María y a todos los santos.” (CIC 1419).

Recibir la eucaristía también nos une a otros cristianos. El mismo cuerpo de Cristo, la eucaristía, fortalece y nutre el cuerpo de Cristo, la Iglesia, cuyos miembros están reunidos en esa celebración eucarística: los que viven en la tierra (la Iglesia Militante), así como los santos en el cielo (la Iglesia Triunfante) y las almas en el Purgatorio (el sufrimiento de la Iglesia).

¿Cómo recibimos el cuerpo de Cristo?

Cada vez que toca algo extremadamente valioso, lo hace con gran cuidado. ¡Cuando recibimos la comunión, recibimos el cuerpo y la sangre de Dios mismo! Por lo tanto, debemos recibir este precioso don de una manera que trate al santísimo sacramento dignamente. Por esta razón, la Iglesia requiere que ayunemos durante al menos una hora antes de recibir la comunión, excepto por

agua y medicamentos. También debemos animar a nuestros hijos a vestirse con la vestimenta adecuada para la Misa como un signo de respeto.

Uno puede recibir la eucaristía en la lengua (el camino ordinario), un signo tradicional de nuestra humildad ante Dios y un reconocimiento de que es Cristo quien nos alimenta. También es posible recibir la comunión en las manos (de manera opcional). Si lo haces, debes asegurarte de que tus manos estén limpias y vacías, colocando tu mano izquierda sobre tu derecha. Asegúrese de poner el host en su boca de inmediato: no espere hasta que regrese a su banco.

¿Quién puede recibir la Eucaristía?

Los católicos en estado de gracia pueden y deben recibir la eucaristía. Los no católicos y los católicos que están en un estado de pecado mortal no pueden recibir la comunión. Algunos cuestionan esta decisión porque creen que excluye a las personas y causa división entre los cristianos. Y el hecho es que excluye a las personas. Pero la verdad es que cuando recibamos a Jesucristo en nuestras almas, nuestras almas deberían estar listas para darle un hogar bueno y puro. Nuestras almas deben estar en estado de gracia para recibirlo dignamente. Si estamos en estado de pecado mortal y recibimos la eucaristía, cometer sacrilegio, tratar un objeto sagrado indignamente, como si no nos importara. El sacramento de la confesión restaura la gracia del alma y purifica el alma para la eucaristía. (Aprenderemos más acerca de este Sacramento más adelante este año). Para los no católicos y otros que no creen que la eucaristía es el Señor, tomar la eucaristía sería

una mentira. El Catecismo y la ley canónica prevén circunstancias muy limitadas en las que, en caso de “necesidad grave”, como el peligro de muerte, se pueden administrar sacramentos a quienes lo pidan, “siempre que manifiesten la fe católica y estén debidamente dispuestos” (CIC 844 § 4).

¿Por qué deberíamos recibir comunión a menudo?

Los católicos deben recibir la Comunión una vez al año, pero la Iglesia nos invita a recibirla con mucha más frecuencia: ¡todas las semanas, incluso todos los días! Así como necesitamos comer y beber para mantener nuestra fortaleza física, también necesitamos recibir la eucaristía para nuestra fortaleza espiritual. Cuando comemos alimentos,

nuestros cuerpos reciben la nutrición que necesitan para mantener la fortaleza. Cuando comemos de la Eucaristía, nuestras almas reciben la nutrición que se necesita para mantener la fortaleza.

Recibir frecuentemente la eucaristía, explica el Catecismo, aumenta la caridad en nuestra vida diaria y esa caridad nos permite enraizarnos en Cristo (CIC 1394). Esto significa que vemos las cosas de una manera más amorosa, positiva y esperanzada, una manera que nos lleva a ser Cristo en el mundo, como todos los cristianos están llamados a hacer. La caridad nos ayuda a practicar los valores del reino de Dios y a evitar las elecciones que promueven los estilos de vida modernos del materialismo. La recepción frecuente de la eucaristía nos ayuda a evitar lo que nos lleva a pecar.